JORNADA XXVII.

Manifieſtale la Conſideracion â el Peregrino la laſtimoſa tragedia de uno de los dos caminantes.

CON ſilencioſa admiracion eſcuchaba à mi prudentiſſima Compañera, y á el decirme, que atendieſſe á el lamentable fin de uno de los dos Paſſageros, que antes havia viſto en el apacible ſoſſiego de aquel campo, alumbrandome con ſu Farol, vì, que haviendo ſalido ſentencia de muerte contra uno de los dos deſventurados priſſioneros, ſe llegò â el ſepo de ſu priſſion aquella horrible Muger, que hecha un eſqueleto de hueſſos vì en el Parque de el *Dolor de los pecados*, cercenando cabezas con ſu hacha cortadora, y tomando dos pernos, que le ſervian de grillos á el deſgraciado captivo, poniendoſelos á la garganta, y apretando con impiedad inhumana, le diò garrote haſta que quedando yerto, ê inmoble cadaver ſe hizo horroſo eſpectaculo de el eſpanto.

No bien huvo exalado ſu eſpiritu el infelize Joven, quando arrebatandole un grueſſo enxambre de infernales miniſtros, que rodeandolo ſiempre havian ſido cuſtodios de ſu eſclavitud, dieron con èl en un lago de fuego de imponderable actividad: hervian en la fogoſa laguna como en el lagar las ubas, y como garbanzos en calderas, innumerables deſventurados, tan hechos paſto de aquel inamanſable incendio, que parece ſervian de encendidos tizones, conque atizaba el fuego ſu violencia: entre eſſas encreſpadas borraſcas de denegridas llamas, y entre las apreturas de tantos amontonados afligidos, en medio de el tenebroſo hervidero, como en ſepulchro horroroſo de carbones arrojaron con moſa, deſprecio, y vituperio à el miſerable ajuſticiado: toda la confortacion de las cordiales pitimas de mi amante Conſorte huve meneſter, para no morir de eſpanto; pero quando mas aſſombrado atendia Yo aquel horrible eſpectaculo, oì, que volteandoſe yà en la cama de fuego el infelize priſſionero, con vozes eſpantoſas prorrumpiò de eſta ſuerte:

Deſde

DEſde eſta triſte Carzel,
Lago horrrible de fuego,
Donde ſin eſperanza
Lloran los priſſioneros:
Deſde obſcuras maſmorras,
Donde no entra el conſuelo,
Y á donde Yo infelize
Condenado padezco:
Gritos reparto à el aire,
Para que oîgan mis ecos,
Quantos el Mundo habitan,
A mi deſdicha expueſtos.
Eſcuchadme mortales,
Todo el Orbe eſtè atento,
Quizà por mi atencion
Lograreis no perderos.
Yo, que haviendo rompido
De la culpa los hierros,
Tranſitaba eſtaciones
De quietud, y ſoſſiego.
Yo, que dexè eſcalada
La carzel de el horrendo
Eſtado de la culpa,
Libre andando algun tiempo.
Yo, que vencidas yà
Las tramoyas, y enredos
De el Demonio, lo tuve
A mis plantas ſujeto.
Yo, que veſtì la Eſtola,
Y el lucido Ornamento
De la Virtud, y Gracia,
Dando á muchos exemplo.
Y Yo en fin, que gozè
De el mas manſo Cordero
La amiſtad, por ſer fragil,
Con conſtancia padezco.

Dispertaron los vicios,
Que antes se me durmieron,
Y rendìme à los golpes
De su irritado encuentro.
O mal haya mill vezes
De la culpa el veneno,
Que dispierta matando
Aùn â el que anda dispierto!
De haver sido felize,
La memoria, y recuerdo
Quedò en mì, para darme
Mas infernal tormento;
Llora, pues, Alma mia,
Y llora sin consuelo,
Pues en tu mal, y daño
Yà no tienes remedio:
Llorad, llorad memoria,
Llorad entendimiento,
Si de vuestros errores
Se os està juycio haziendo.
Llorad, vano discurso
Haver mudado el medio,
Y de aquellas premissas
Erramos dàr el *ergo*.
Llore mi voluntad,
Quando aqui yà aborrezco
A aquel, que en solo amarle
Se beatifica el Cielo.
Llore de mi retiro
El camarin secreto,
Donde en amor de Dios
Me abrasaba el incendio.
Lloren las disciplinas,
Cilicios, ê instrumentos,
Conque por el castigo
Humillaba mi cuerpo.
Llorad hermanos mios,
Pues que los documentos

De

De un Padre aprovechasteis,
Y Yo perdì su empeño.
Llorad mi Director,
Pues que quizà entendiendo
Ganarme para Dios,
Mal empleaste el consejo:
Llorad los que tuvisteis
Concurso en mi tropiezo,
Y mirad, que os aguardo,
Si no os soy escarmiento:
Llorad todos los Hombres,
Pues que me vèis cayendo
De Privado de Dios,
A privado de el Cielo:
Llore toda criatura,
El mundo llore entero,
Y á el caër una columna,
Tiemble de Dios el Templo.
Mas dexadme yà todos,
Y quando Yo padezco,
Granizen â millares
Almas en el Infierno.

Assi se lamentaba anegado en borrascas de incendios el desdichado Joven, y â el mirar Yo su lastimosa tragedia, y escuchar sus espantosos lamentos, sabiendo, se me seguia passar por el escollo de su precipicio, parece estaba yà demàs para mì la asperjadora sombra, quando sobrandome rezelos, bastaban los argumentos, que â mì proprio me hazia, para llenarme de confusiones, y tristezas: no vi Yo (me decia) aquellos dos caminar con tal sossiego, que me pareciò, que jamàs huviera desabrida inquietud que los turbasse? No los mirè tan llenos de cambiantes fulgores, que no solo emulaban los claros lucimientos de los Astros, sino aùn opacaban las luzes de las dos mayores lumbreras de los Cielos? Pues como se atrevieron las sombras á assaltarlos, y á descreditos de aparato tan lucido quedaron hechos despreciable despojo de la fealdad? Si mirando abono tan crecido de estima-

cion

cion en caudal tan copioso de virtudes experimentè la ruìna por quiebras de la miseria fragil, como se atreverà la pobreza de mi debilidad á empressa tan heroyca, donde es tan manifiesto el riesgo de perderme? Pero si entre seguir animoso mi camino, ô voltearle la espalda á el formidable encuentro, allì interezarè logros de un triumpho inapreciable, y encontrarè aqui inevitable la desventura, y muerte, quiero arresgarme â padecer, por escusar la infalible congoja de un eterno gemir.

Entre estos pensamientos batallaba mi espiritu, quando volviendo â vèrme mi afabilissima Conductora, me dixo: dicha es, viandante Peregrino, sacar escarmientos de la desdicha agena, pues previniendo assi reparos para la tribulacion, se fortaleze para el conflicto el sufrimiento, y se assegura la victoria para la celebridad: yà hàs visto despues de el sossiego la inquietud, despues de la tranquilidad el sobresalto, despues de la alegria la tristeza, despues de las luzes las tinieblas, despues de la dicha el infortunio; y finalmente despues de la gracia el pecado, y â consequencias de este la eterna condenacion: con este riesgo caminan todos los hombres miserables la escollosa senda de su mortalidad expuestos à los baìvenes de su inconstancia, por mas que revestidos de la lucida toga de la gracia, y adornados con el vistoso follage de virtudes, los venere Serafines la atencion, pues si á el levantarse el orgulloso uracan de tentaciones, no saben ser constantes, deslizandose à tropiezos de su miseria, quedan executoriados de fragiles, quando antes captaban soberanos respectos; y assi, pues, mientras te durare la Jornada de tu perecedera vida, te son por tu quebradiza, y desleznable naturaleza inescusables los peligros, escucha los documentos, que te doy, para que te sepas portar en los acasos.

JOR-

JORNADA XXVIII.

Dale la Consideracion â el Peregrino reglas para la lucha de la tentacion.

YERRA la inadvertida ignorancia de los Hombres (assi prosiguiò Consideracion) en entender, que la victoria de el sañudo enemigo de las Almas estriva en llegar à acometerle, ô resistirle cargado de armas, y abroquelado de escudos, que no les ajustò la soberana medida de el Divino gobierno, y yerra tambien la presumpcion arrogante, quando alistando la debil, y desarmada soldadezca de sentidos contra enemigo tan pujante, como porfiado, quiere fiar las glorias de el vencimiento á los tenuissimos impulsos de sus fuerzas: cartilla les diò á los combatientes, para quitar el uno, y otro error la sagaz discrecion de el Pastor de Bethlen, quando presentandole la batalla â el Gigante incircunciso, hallò para la lid desproporcion en las armas de Saul, y en su honda incapacidad para el triumpho, si no le esforzaba la virtud poderosa de el nombre de el Altissimo: si se huviera cubierto los bruñidos arneces de Saul, estorvandole los movimientos, huvieran sido auxiliares de su enemigo, conduciendo â su muerte; y si los cordeles, conque disparò la piedra no los fortificara soberano socorro, huviera hecho á su empeño irrisible arrojo de la arrogancia.

Si á la pequeñèz de un Gilgero quisieramos poner las plumas de una corpulenta Aguila, para que volasse mas altanero á librarse de las uñas de un invasor Gerifalte, le sirvieran de estorvo, para volar, y le embarazara la plumerìa supuesta el levantarse de la tierra, à ponerse en cobro con la fuga: el Hombre que lidia con un Angel, por mas que sea de los rebeldes, que cayeron, aunque le dispare saëtas á millares, si solo las amolò su natural industria, pelea siempre con quien le lleva superiores ventajas; mas quien reconociendo su miseria, admite la batalla fiado solo en el amparo de el Dios de los Exercitos, lleva hechas todas las costas de el vencimiento: una Ciudad amurallada, â que le llovieran los viveres, fuera incontrastable mientras la artilleria de el enemigo,

ó

ô su industria no quebrantaba el muro, dandole puerta franca á el assalto; pero si el contrario llegara á encastillarse en las fortalezas, y valuartes, que la defendian, nunca pudiera resistirse.

La Alma que dexa dormidas las centinelas de su cauteloso, y prudente rezelo, y tiene continuamente abiertos los postigos de potencias, y sentidos, no se podrà guardar de un enemigo, que siempre vela atalayando sus descuydos, y quando este se encastilla en las passiones, amotinando la plebe en desconcertado tumulto, facilmente avassalla todo el imperio de el espiritu: si se le fia un Castillo á un Alcaîde, que hallandose con gente plebeya, y de infames procederes en lugar de tenerle doblegada la cerviz, estè siempre amilanado de su rebelion á la primera seña de el contrario, que le proponga libertades, y anchuras, se pondrà de su parte, y empuñaràn las armas los mismos Soldados contra su Rey: esto evidentemente le sucede á el que â la plebe ruìn de sus passiones rebeladas contra la Alma, desde que la culpa de su primero Padre le abriò conductos â el desorden, la tiene con libertad, y sin freno; pues siempre amotinadas siguen la parcialidad de el que les promete desahogos: conque no estando aprissionadas, y debaxo de el yugo, y obediencia de la razon, se halla el enemigo â el presentarle la batalla con el auxilio de ellas, que por domesticas, y que tienen muy sabidas las entradas, y ataques de el espiritu, le asseguran mas el vencimiento.

Por esso te importa mucho, ô Peregrino, tener siempre de prompto estas cautelas, pues si para combatir la tentacion, huviera primero de avisar á la Alma, tuviera esta en su abono para prevenirse la advertencia; pero què â el contrario sucede, pues como sagàz, y astuto el enemigo se haze muy pigmeo, desparecìendose de los ojos de el que persigue, y llegando con muy lentos passos, le hecha cerco con la trampa que le arroja, para que quando recuerde la incauta Alma, se halle cercada sin saber como, y caîga por inadvertida. Grande obsequio me haràs, le dixe, ô prudentissima Consideracion, si poniendome una por una tus advertencias, me dàs licencia para repreguntarte, ô replicarte, donde tuviere alguna duda, ô se me objetare algun inconveniente. Bien podràs hazerlo, me respondiò, pues fuera querer endiosarme, imaginar, que mis sensillas respuestas havian de llegar

gar â tu aprehension con tanta puridad, y luz, que no hallasse en ellas que argumentar tu discurso; y assi para que quedes sin temor, ni sospecha, propon con humildad lo que te pareciere dificultoso, para que hallando en la solucion la inteligencia, camines con mas seguridad mientras con mas evidencia.

Pues yà con esse permiso (le dixe) poniendome en el caso de la lid, y circunstancias de el combate, por lo que me monstraste en aquellos dos desventurados, te digo, que lo primero que vì en la tragedia lastimosa de el uno, fuè, que el Demonio, como me explicaste, le llovìa melarchia, indisponiendole los humores, para facilitar mas su tropiezo, y su caîda; y esto verdaderamente haze temblar â mi Alma, pues siendo, como dixo Augustino, el amor el que lleva â los hombres â qualquiera parte, â donde libres se mueven, amostazando el gusto la tristeza, resfriarà los desseos, y amortiguada en consequencia de esto la esperanza, hallando yà por su propria gravedad, ô pesadèz el viandante assaltado violencia en el moverse, aùn mas que pereza en el combatir, serà quasi impossible el no rendirse.

Si fuera de los temores, y sustos conque assombra el enemigo (pues essos son los roncos sonidos de las caxas, y trompetas, conque haze seña para empezar la lucha) pone en tanta apretura á el triste corazon, que echandole encima la durissima, y pesada piedra de la melancolia, le ahoga, embarazandole por todas partes, que respire: como es possible que tenga valentia para empressa tan generosa? Si, como dice la vulgaridad, el corazon manda á las carnes, como un corazon oprimido entre peñas, que lo agonizan, hà de tener aquel varonil, y desahogado animo, que necessita el que manda, para que le obedezcan? Esta es la mayor duda que me asusta, este el mayor espanto que me assombra, y este el mas poderoso temor que me acobarda. O amado Peregrino, me respondiò, y quanto te agradezco el que con essa lisura me manifiestes tus cobardias, y rezelos, pues me abres assi mas las puertas para tu mejor enseñanza: dime acuitado caminante, no sabes que tambien establece la vulgaridad, que es prudencia hazer de la necessidad virtud? Pues con esso tienes yà salida de tus dudas: explicarète con mas claridad lo que te digo.

El enfermo que sabe, que con purgarse hà de sanar de el mal,

mal, que le amenaza la muerte, à dos cosas se arroja, conociendo, que no puede evadirse de ellas: la una à tolerar los sinsabores de la purga; y la otra à batallar con el sueño, porque tiene entendido, que si se entriega á la poderosa somnolencia, que le ocasiona la purga, cosido el ruibarbo, abrasandole las entrañas, en lugar de aprovecharle, le augmentarà el accidente; y por uno, y otro motivo, para interezar el provecho, y libertarse de las dos molestias, que circunstancian el desabrido trago, cierra los ojos, suspende el halito, ô resuello, para que ni á la vista, ni el gusto, ni el olfato, le irrite mas la basca, y echase á los pechos en un sorbo la purga, batallando despues consigo mismo, para que el sueño no le venza: pues cata ay lo que debe hazer, el que siente la asibarada pildora de la tristeza: huirle los ojos de la atencion, para que su horrorosa cara no le asuste, no desmenuzarla con los dientes de el cuydado, para que su desabrido sinsabor no le ocasione bascas en el sufrimiento de su purgacion, y no menear con los dedos de el dessasosiego el licor espeso de amarguras, para que no el mal olor que respira, le haga lanzar el vaso, ô caliz de su passion, arrojandose à morir desesperado; y assi con valentia por el interèz de limpiarse de las malas heses, que dexò en su Alma el vino de el pecado, tome con generosidad la purga de la tentacion que le molesta, sin avassallarse à sus sinsabores, y humedeciendole los parpados de su vigilante constancia con las salivas de la esperanza de el triumpho, venciendo assi las macilentas adormideras de la melancolia, lograrà à el fin la convalecencia, la salud, y la vida.

Quien navegasse las salobres ondas de el mar, llevando consigo una tabla infraagible à los mas duros golpes, y de tal condicion, que sin mas timon, ni piloto, que la fuerza de su naturaleza propria llevara en derechura al Puerto de la felicidad, teniendo tambien en ella el aguage, y viveres necessarios, por mas que enfurecido el mar levantara horrorosas tormentas, tanto menos le asustaran los embravecidos tumultos de borrascas, quanto mas entendiera, que en los apretados abrazos de su tabla iba seguro de perderse: conque quien asido de la sabia, constante, y fuerte tabla de la Divina Misericordia navega el conmovido mar de tentaciones, por mas que cercandolo de amarguras, vomite montes de espumas, que en estrechuras de su aprieto le amenazen con sus golpes la muerte, llegarà libre

bre à el fin á el puerto de sus desseos, sirviendole la amotinada borrasca de mas apresurarlo à la playa, y tierra firme de sus esperanzas.

Bien està, muy estimada Consideracion (le dixe) mas se me ofrece con todo esso una duda, y assi te la expressarè, para que de ella me saque tu enseñanza: si quando se levantan de punto los espesos humos de la melancolia, no solo estàn los brazos de el espiritu pesados como torres, sino como una roca inmobles, sin vida quasi, y quasi sin aliento: como hàn de tener pujanza para asirse de la poderosa tabla de la Divina Clemencia con aquella fortaleza que necessitan, para que los golpes de la tentacion no los desunan, y aparten de su auxilio? Si pausando entonces todos los impetus, ô soberanos impulsos de las virtudes, parece, que amodorrida la Alma, no solo no tiene inclinacion para obra heroyca, alguna, sino antes le reboza una grosera pesadèz, que arrastrandola à lo malo, le pinta como odiosa, y desabrida la misma dulzura de el Altissimo: como podrà lidiar con valentia confiada en su socorro? Y para decirlo de una vez, si tanto la aboga la amargura, que solo halla en la muerte consuelo, haziendosele su estrago apetecible: como hà de tener animo, para conformarse en el tormento, queriendo padecer la injuria de la tentacion, por quien entonces juzga, que no solo no le hà de coronar su constante passion, sino que totalmente olvidado de su agonia esgrime contra ella la espada de su justicia, para anegarle en la afliccion eterna? Como, pues, podrà esperar amistosos socorros de el que se le representa arguyendole enemistades, y haziendole cargo de sus passadas culpas?

Ni paran aqui mis dudas, y rezelos, antes mas se augmentan, quando miro, que haviendo en mì mismo dos leyes, la de el Espiritu, y la de la carne, quando esta en su misma miseria, y en los resabios, conque nace por la herencia de el pecado original, tiene toda la ayuda que necessita, para cumplimentar los fueros de su obediencia, el miserable espiritu es por si solo incapaz, para cumplir las soberanas leyes que se le imponen, pues como dice el Africano Sol: *El Hombre es suficiente para lo malo; pero para lo bueno de poco valimiento, si no es socorrido de Dios Omnipotente.* Si se pusieran à dàr una batalla galana dos Soldados, hallandose el uno armado, y alentado de los influxos, y assistencia

tencia de su Rey, y el otro retirandosele el suyo quedara no solo sin espada para herir, sino aùn sin escudo para abroquelarse: no fuera sin duda este el vencido? No augmentara su desnudèz, y desamparo á el aliento, y soverbia de su contrario? Luego teniendo la parte inferior en su misma ruìndad, y malos procederes de perversas inclinaciones, y en los socorros de el principe de las tinieblas todo quanto hà menester para vencer, y salir triumphante con la caìda, faltandole quasi todo â la parte superior de la Alma, para alcanzar el triumpho, mas probable que la victoria tendrà su perdicion, y mas segura que el reparo la caìda:

dame, pues, venerada Maestra mia en esta obscura noche
de confusiones, en este tenebroso chaos de mis re-
zelos, y en este enmarañado labyrinto de du-
das, con el hilo de horo de tu enseñanza
seguro norte que seguir, para po-
der alcanzar el festivo laurel
de el vencimiento.

JORNADA XXIX.

Responde la Consideracion â las dudas de el Peregrino, monstrandole un enigma.

TAN manifiesta te hè de poner la resolucion de tus dudas, me dixo mi amante Compañera, que hàs de vèr con tus ojos el desbarato de los nudos, que te parecen mas que gordianos insolubles; mira con cuydado, me dixo, lo que te muestran las luzes infalibles de mi Farol: alumbrò, pues, con su Lanterna mysteriosa, y vì en un obscuro calaboso à un Hombre, que aùn tiempo ceñia sus cienes una Corona, y aprissionaban sus pies duros grillos, abrumado todo de el peso de las cadenas, conque estaba ligado, y â distancia muy corta mirè un verdugo, disponiendo con grande diligencia una hoguera, à donde havia de tener lastimoso fin la trabajosa vida de el coronado prissionero, quien sin representacion de mal hallado con las prissiones como embriagado de las proprias amarguras de su cuita, passa-

passaba contento sus afanes, sin que le desabriera el gusto la horrorosa prevencion de el ministro, que sin cesar le aparataba el insufrible feretro de la hoguera; quando penetrando las paredes de bronze de la Carzel, descendiò sobre el miserable prissionero un Espiritu alado de los Cielos, Angel de luz sin duda, y dandole con su diestra un blando golpe en el corazon, le respondiò el Rey encarzelado con el llanto, y cayendo sobre los grillos, y cadenas las gotas, que sus ojos vertian, fueron agua fuerte tan poderosa, que quebrantando la dureza de el fierro, dexaron libre, y sin embarazo á el que antes impossibilitaban el moverse.

No bien huvieron caìdo las ligaduras fuertes, quando cogiendo el Angel de un brazo á el Hombre libertino, sin que las puertas, cerrojos, ni candados le embarazassen, sacandolo de las cercas, que lo enclaustraban, en medio de el silencio de la noche lo puso en un camino sin camino, porque no solo la lobreguèz de el tiempo regateaba luzes con espantosas avenidas de sombras; pero aùn el mismo suelo con marañas de espinas le gritaba por medio de las lenguas de sus puntas, que no tenia sendas sin amarguras: á competente distancia en la tenebrosa espesura de tinieblas se dexaba vèr una pequeña luz, que entre los desabridos bostezos de el espanto pudo darle consuelo â el libertado captivo, y señalandosela con el dedo su Angel libertador, le dixo de esta suerte: vès aquella luz? Pues allì, â donde ella se te muestra està tu Reyno, y Palacio: essa luz es el unico norte que tienes, para llegar, siguiendo sus claridades, á gozar las glorias, y felicidades de tu Corte, y Yo no puedo ir contigo manifestandote sensiblemente el camino, ni llevandote por el aìre, para que te libertes de las molestias de sus imperceptibles sendas, ni tampoco puedo poner en tu mano los esplendores de el Sol, ni de la Luna, que iluminandote esta region opaca, te llenen de consuelo, assi porque el suave, y discreto gobierno de el Rector Universal de el Orbe manda, que camines como Hombre, y que llegues à la possession de las felicidades, que te promete la esperanza de tu Reyno, como tambien, porque quiso su Providencia Soberana, que en la lobreguèz de esta noche camines mas seguro, y con norte mas infalible, que dirija, y gobierne tus passos; pues si ahora te amaneciera el Sol en lo mas lucido de su curso, y quitara de tus ojos